

CONTINUIDAD Y CAMBIO

Las elecciones vascas de 2007

Francisco J. Llera y Rafael Leonisio (*)

La ciudadanía vasca ha ido a las urnas en más de una veintena de ocasiones en los últimos treinta años y ésta ha sido la octava oportunidad que ha tenido para manifestar sus preferencias políticas para la gestión municipal y foral. Porque esto era lo que, formalmente, se dirimía. Sin embargo, una vez más y con síntomas de fatiga política, han sido elecciones vividas en un contexto de excepción por las presiones causadas por los violentos antisistema, por su exceso de protagonismo y por la tensión o polarización política, que los dos grandes partidos nacionales proyectan sobre la sociedad a causa de su confrontación *urbi et orbe* en torno a la política antiterrorista, aunque no exclusivamente. Es importante recordar esta patología, que no circunstancia, porque puede parecer que en Euskadi la competición es normal o que toda la ciudadanía vasca ya está perfectamente acostumbrada y adaptada a la intimidación, al odio (cada vez parece haber menos adversarios y más enemigos), al fuego cruzado de la polarización descalificadora, a tener que decidir cada día qué es lo que somos o debemos hacer con nuestra identidad, al río revuelto y al todo vale. Pues no, a las desigualdades o desventajas que podamos encontrar en cualquier sociedad desarrollada, en ésta una parte muy importante tiene que soportar una merma significativa de libertad de expresión, de opción, de competición y, por lo tanto, de representación. Conviene recordar, antes de hacer cualquier análisis aritmético-político, que aquí la competición política sigue produciéndose, después de treinta años, en una ciudadanía asimétricamente constituida y que esta asimetría condiciona gravemente la calidad de nuestra democracia representativa local y territorial.

(*) Universidad del País Vasco. Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación del MEC a través del proyecto de investigación SEJ2006-15076-C03-01.

La celebración por octava vez de las elecciones locales y forales democráticas el pasado 27 de mayo se han caracterizado en Euskadi, de nuevo, por la anormalidad de la tensión social y política generadas por la intimidación y las distintas formas de reaccionar ante el miedo que viene produciendo la violencia de los terroristas y sus cómplices. Cuarenta años de terror han generado comportamientos sociales y políticos de complicidad, instrumentalización, cobardía, adaptación, inhibición, desistimiento, huida, temor, frustración, odio y, más recientemente, reacción y coraje pero con la violencia siempre de un lado y sin simetría o equidistancia posible, salvo en la mente interesada y moralmente enferma de algunos sectores sociales y políticos, muchos de ellos bien instalados en el propio sistema institucional que dicen aborrecer, llegando incluso a «limpiar» parte del territorio de la representación y el pluralismo democráticos para pasar a ser controlado en exclusiva por el totalitarismo violento. Esta violencia ha estado presente de muchas otras maneras, desde el parón táctico, pero amenazante, del terrorismo mortífero durante la campaña electoral hasta la reactivación del terrorismo complementario (1) o de sustitución de la llamada *kale borroka* (con continuos sabotajes contra representantes locales del autonomismo o del nacionalismo institucional, actos de matonismo contra sus actos de campaña o contra el libre ejercicio del voto, que todos hemos podido ver en los informativos diarios) pasando por la dificultad de los partidos autonomistas para presentar candidatos en muchas localidades dominadas por los violentos y por la dramática realidad de una población mayoritariamente victimizada y que expresa miedo a manifestarse políticamente y, en buena parte, se ve atrapada por la «espiral del silencio».

Estas elecciones han vuelto a estar condicionadas, también, por los efectos sociales y, sobre todo, políticos de la ilegalización de Batasuna y de las plataformas satélites, que, como ASB u otras agrupaciones locales, pretendían eludir la prohibición dictada por el Tribunal Supremo de que quienes son considerados representantes políticos y cómplices orgánicos del terrorismo y sus redes, pudieran concurrir a las elecciones. Como ya sucediera en las últimas elecciones autonómicas, a las sucesivas maniobras de distracción de entrar por la brava en la competi-

(1) En el mes de las elecciones se han registrado 115 acciones violentas en el País Vasco y Navarra y ha sido el mes con más actos de este tipo desde que el 22 de marzo de 2006 ETA anunciara su alto el fuego. En total, en este año largo se han contabilizado 523 actos de este tipo y casi la mitad (259) entre abril y diciembre de 2006.

ción, se sirvieron de una bandera de conveniencia en forma de sigla dormida y desvirtuada, en este caso la vieja marca de ANV (2), para poder hacerlo por la puerta falsa, consiguiéndolo parcialmente o promoviendo el boicot y el voto nulo allí donde no pudieron concurrir.

Sin embargo, a día de hoy y como han vuelto a revelar los resultados electorales, nada de esto ha podido impedir la eclosión del pluralismo democrático vasco que, tras el retorno parcial del nacionalismo violento y antisistema, no sólo no ha disminuido sino que ha aumentado, si comparamos la situación actual con la de hace cuatro años a nivel local y foral. Desde que el adelanto de las elecciones autonómicas de 1986, por la ruptura del PNV, las acercase en menos de un año a las elecciones locales y forales, éstas se habían convertido en una especie de segunda vuelta de las autonómicas, consolidando o debilitando la fórmula de gobierno adoptada tras estas últimas. A esto se añaden, además, la importancia adquirida por los gobiernos forales (3), sobre todo para el nacionalismo, y el peso demográfico (4) y político de las grandes poblaciones, junto con la cada vez más compleja gobernabilidad necesitada de fórmulas de coalición en todos los ámbitos institucionales. Así pues, al carácter *de segundo orden* que ya tenían añadieron desde entonces el de *segunda vuelta* que habían ido adquiriendo y que se convirtió en más relevante en la medida en que fueron más competitivas, o la política de alianzas, con la posibilidad de coaliciones alternativas, deviniera el centro del debate político. En esta ocasión, el alejamiento temporal (dos años) producido desde el adelanto electoral de las elecciones autonómicas de 2001 y, sobre todo, la ruptura de la coalición PNV-EA después de dos legislaturas, junto con el desgaste de la política de bloques o frentes de la etapa anterior (ruptura PP-PSE/EE y moderación relativa y

(2) Sobre el origen y la trayectoria histórica de ANV desde su fundación en los años treinta merece la pena consultar el trabajo de José Luis de la Granja: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1986. Sobre su reorientación en HB a partir de 1979 se puede consultar el trabajo de Francisco J. Llera sobre «Los partidos de la Izquierda Abertzale» (1984).

(3) Los vascos eligen por sufragio directo las Juntas Generales de cada provincia o territorio histórico, que, a su vez, son las encargadas de formar el gobierno de cada Diputación Foral, como si se tratase de una elección autonómica dentro del propio País Vasco.

(4) Las tres capitales vascas suponen el 36% de toda la población vasca (el 75% en Álava), a las que se les añaden otras seis poblaciones (del Gran Bilbao e Irún) mayores de 40.000 habitantes con otro 18% (el 28% en Vizcaya) y otras 35 mayores de 9.000 habitantes con otro 29% (el 44% en Guipúzcoa).

acercamiento PNV-PSE/EE) han dotado de mayor autonomía a esta arena de competición, sobre todo a la hora de la configuración de mayorías de gobierno. Sin embargo, no se podría decir que hayan perdido del todo el carácter de segunda vuelta al no desaparecer la línea principal de confrontación entre nacionalistas y autonomistas en la arena autonómica.

Por mucho que la campaña y la competición partidista hayan estado condicionadas por la patología violenta con su control social férreo y por la polarización de la política nacional en torno a este asunto, hay que huir de cualquier tentación simplificadora y no se debe perder de vista que en estas elecciones se elegían los alcaldes de nuestros 251 municipios, con sus 2.597 concejales, así como los diputados generales y los 153 junteros de nuestras instituciones forales. Son elecciones, por tanto, donde cuentan mucho los candidatos, los pros y contras de la gestión local y territorial, los balances del gobierno local de turno y la solidez de una oposición que quiere ser alternativa, la implantación y visibilidad partidista a nivel local, las tensiones propias de las coaliciones o los ajustes de cuentas en el interior de los partidos, entre otras. En esta ocasión, a la reaparición de la vieja marca *abertzale* antisistema, reconvertida en bandera de conveniencia para buena parte de los feudos de la ilegalizada Batasuna, hay que añadir la ruptura de la coalición PNV-EA, con la tensión consiguiente en los segundos, la fractura interna del PNV, acrecentada por el escándalo de la hacienda foral guipuzcoana y la toma de posiciones de la nueva coalición EB-Aralar ante una eventual recomposición de la izquierda nacionalista. Todo ello contribuye a una fragmentación interna importante del nacionalismo, que se refleja con claridad en el resultado electoral. Pero, también se produce un ajuste de cuentas significativo entre las dos grandes opciones nacionales en torno a la estrategia contra la violencia y, sólo en segundo plano, respecto de la gestión de ayuntamientos importantes, como Vitoria, o la Diputación Foral de Álava, por ejemplo. No se puede perder de vista que estamos ante unas elecciones locales y territoriales en pleno ciclo de la alternancia socialista iniciado hace tres años y, por lo tanto, deberá tener reflejo y proyectarse sobre el poder local. Pero, al mismo tiempo, también estamos ante un nuevo tiempo, que se abre con dificultad en la política autonómica, y que se caracteriza por el cierre del ciclo abierto por Ibarretxe tras el Pacto de Lizarra (5). El avance de este últi-

(5) Recuérdese que los dos ejes programáticos o reivindicativos de esta nueva alianza política de los nacionalistas eran: el reconocimiento de la territorialidad de Euskalherria y el llamado *ámbito vasco de decisión*, reco-

mo sólo se podrá comprobar si concluye en una nueva estrategia de alianzas entre el PNV y el PSE-EE para dotar, como mínimo, de estabilidad y mayor rendimiento institucional a la mayor parte de nuestros gobiernos locales y territoriales.

Las elecciones de segundo orden suelen caracterizarse por su menor efecto movilizador, debido al más limitado interés político que concitan y su más baja tensión competitiva. Así venía sucediendo en el País Vasco con las elecciones autonómicas y con las locales y forales o las europeas, si nos atenemos a los promedios de participación que se sitúan en el 66,9% de las primeras, el 64,1% de las segundas y el 57,7% de las terceras, frente al 70,9% de las legislativas. Sin embargo, en el País Vasco y desde 1998 cualquier elección puede adquirir una relevancia de primer orden, tanto para la sociología nacionalista local y la reestructuración de sus apoyos internos, como para la política nacional por la política de bloques o su propia competitividad interna, elevando y casi homogeneizando la tensión competitiva.

Si tomamos como referencia las cuatro elecciones habidas desde las anteriores locales y forales de 2003, las del domingo 27 de marzo con el 60% de participación (entre el 63,9% de Álava y el 58,6% de Guipúzcoa) han sido las menos movilizadoras de este ciclo (unos 10 puntos menos que hace cuatro años, 16 menos que las legislativas y casi 8 menos que las autonómicas), situándose alrededor de 4 puntos por debajo de la media nacional, cuando hace cuatro años estuvimos casi dos puntos por encima. Por lo tanto, estas elecciones rompen la pauta general establecida hasta la fecha, se sitúan en un ciclo de menor participación iniciado el año 2005 y casi baten el récord de desmovilización (sólo superado por el 40,8% de 1991), como hace cuatro años batieron el récord contrario. A falta de un análisis más pormenorizado y riguroso y a la vista del comportamiento diferencial de los distintos electorados, parece que hay un efecto fatiga o desgaste, que ha afectado, en mayor medida, al nacionalismo institucional y al electorado popular y sus políticas respectivas.

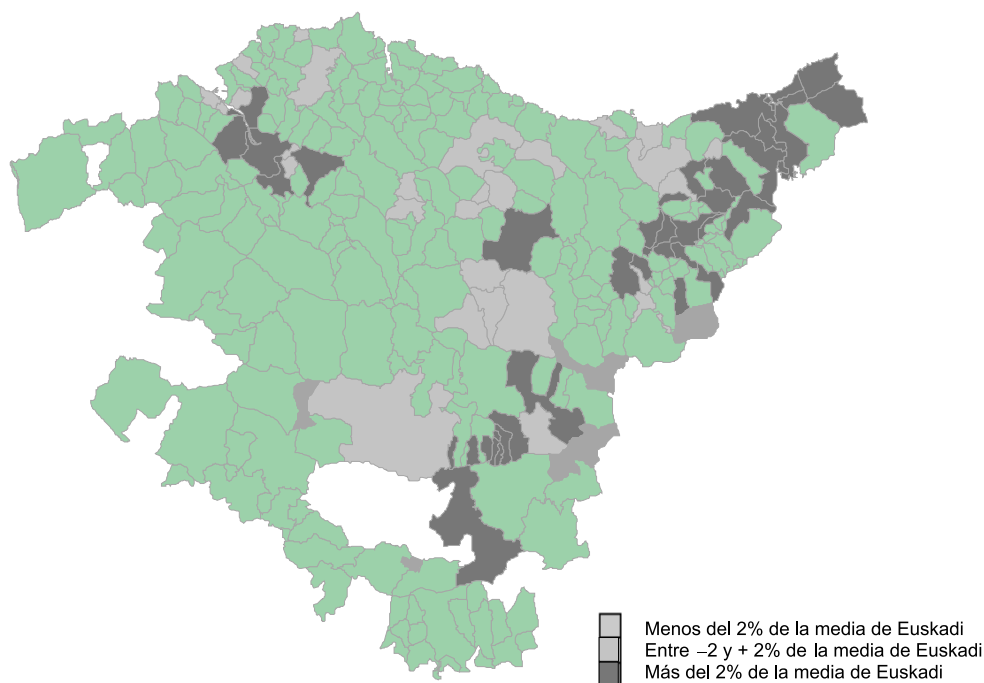
Como se puede comprobar en el mapa 1 (véase p. 166), en el propio interior del país se producen diferencias de participación, desde el máximo alavés del 63,9% (que supera en más de

RÉCORD DE DESMOVILIZACIÓN ELECTORAL

gidos después por el plan soberanista del PNV y de la actual mayoría gubernamental liderada por Ibarretxe.

MAPA 1

Abstención en las elecciones municipales de 2007 en Euskadi



tres puntos el promedio vasco y supone una reducción de más de 8 puntos con respecto a hace cuatro años) al mínimo guipuzcoano del 58,6% (que se sitúa casi dos puntos por debajo de dicho promedio y rebaja en casi 11 puntos, también, el nivel del movilización alcanzado hace cuatro años), situándose Vizcaya (60,5%) en el promedio vasco, tras un fuerte retroceso de casi 10 puntos. Vuelven a ser las grandes poblaciones, preferentemente, de mayoría socialista o autonomista las menos movilizadas, así: Pasajes (52,7%), Rentería (55,3%), Hernani (57,2%), Sestao (55,7%), Baracaldo (56,6%), Irún (53,4%), San Sebastián (54,9%), Santurce (59,5%), Portugalete (59,5%), Basauri (58,4%), Andoain (57,2%), Tolosa (56,1%) o Bilbao (56,9%). Los casos de San Sebastián y Bilbao contrastan, sin embargo, con la mayor movilización vitoriana (62,3%), que, en todo caso, se sitúa por debajo del promedio alavés. El otro caso atípico entre las grandes poblaciones es la mayor participación, también en Getxo (62,7%), como ya sucediera hace cuatro años. Este caso, el vitoriano y el de la mayoría de las pequeñas poblaciones dominadas por el nacionalismo, muestran la mayor competición en la disputa por la alcaldía respectiva, así como la movilización nacionalista. En efecto, vuelven a ser las pobla-

ciones menores, sobre todo en Guipúzcoa (53 de 88) y Vizcaya (95 de 112), por la alta competitividad intranacionalista las más movilizadas. Con todo y a pesar de que volvían a ser unas elecciones abiertas, con la incertidumbre relativa de saber cuál de las tres opciones (PNV, PP o PSE-EE) ganaba en las grandes poblaciones o las instituciones forales o, por el contrario, cuál sería el comportamiento de las opciones nacionalistas en las pequeñas y medianas poblaciones, la movilización ha sido muy baja, en general. El miedo y la polarización, junto con el desgaste de la clase política y la ausencia de expectativas de cambio, han debido producir más fatiga de la deseable en el electorado vasco.

Estas elecciones con dos urnas en Euskadi, la local y la foral, se han producido tras una campaña electoral que ha sido triple, aunque en el mismo tiempo político. En las elecciones forales se hacía plenamente realidad el carácter de segunda vuelta de las elecciones autonómicas y, en ellas, estaban en juego no sólo la gobernabilidad y la estabilidad institucional sino también el tipo de mayorías resultante en el actual contexto de final de la política de bloques iniciada en Lizarra, de fragmentación nacionalista y de máxima confrontación autonomista. Sólo el Diputado General de Vizcaya optaba a la reelección por el PNV, en tanto que se producía una renovación casi generalizada de las cabeceras forales de todos los partidos, con el particular traspiés del baile de candidatos del PNV en Guipúzcoa por los problemas surgidos en la Hacienda Foral y las tensiones internas de este partido. La práctica desaparición competitiva de Batasuna y sus sucedáneos de la arena foral le planteaba a la actual mayoría gubernamental la posibilidad de revalidarse, sobre todo en Vizcaya y Guipúzcoa, en tanto que los autonomistas confiaban en asegurarse el control de las instituciones forales de Álava, aunque fuese en alternancia. Por su parte, la arena local era múltiple, como lo es la variedad demográfica y social de nuestros asentamientos humanos, que producen escenarios de competitividad política muy diversos y en los que cuenta de forma muy especial el papel de los alcaldes y líderes locales, así como la distinta implantación territorial de los partidos y, por supuesto, la gestión de la mayorías gobernantes. Sin embargo, en este ámbito la clave era doble: por un lado, el control por ambos bloques de las capitales y las grandes poblaciones y, por otro lado, el peso del voto de la reaparición competitiva de la ilegalizada Batasuna, principalmente a través del apoyo obtenido por las candidaturas filtradas de ANV y el puñado de agrupaciones electorales de su entorno, pero también a través del voto nulo propiciado en el resto de poblaciones, así

DOBLE CONTIENDA CON MUCHAS ARENAS POLÍTICAS

como las relaciones intranacionalistas y la estabilidad institucional de los viejos feudos del MLNV (6). Finalmente, en Euskadi, como en España, también resultaba relevante la pugna bipartidista PP-PSOE, tanto por el cómputo nacional de las elecciones locales, como por el de las trece autonomías que renovaban sus parlamentos regionales. Era la primera vez que la nueva mayoría gubernamental socialista se medía con el PP y lo hacía en un contexto de fuerte reactivación de la política de adversarios tras los últimos años de confrontación por el debate territorial y, sobre todo, la política antiterrorista. Esto podría generar efectos contrapuestos en Euskadi elevando, por un lado, la competitividad entre ambas fuerzas políticas y, consecuentemente, la movilización de los respectivos electorados, pero, por otro lado, distanciándoles políticamente, lo que dificultaría su colaboración a la hora de mantener sus actuales alianzas institucionales.

TABLA 1
Resultados obtenidos por los principales partidos vascos en las elecciones locales y forales del 27 de mayo de 2007

	Locales	% VV.VV	Forales	% VV.VV
PNV.....	308.213	31,1	320.314	34,0
PSE-EE.....	241.345	24,4	246.033	26,1
PP.....	153.305	15,5	160.298	17,0
ANV.....	73.344	7,4	28.189	3,0
EB-ARALAR** ...	70.488	7,1	88.174	9,4
EA.....	69.653	7,0	70.017	7,4
Otros.....	54.501	5,5	8.108	0,9
Votantes.....	1.079.859	60,3*	1.075.774	60,7*
Nulos***.....	89.392	5,0	134.829	7,6

FUENTE: Diputaciones Forales y Ministerio del Interior. Elaboración propia a partir de los datos provisionales de los primeros recuentos.

* % de participación.

** Incluyen los que obtienen por separado y con otras combinaciones (pendientes de validación).

*** Los votos nulos ordinarios suelen ser alrededor de unos 20.000 por término medio. El % está calculado sobre el censo.

En la anterior tabla 1 mostramos el diverso apoyo electoral obtenido por los partidos vascos en esta doble contienda. De ella se deducen algunos datos de interés que vamos a subrayar. El PNV, además de ganar las dos elecciones con alrededor de un

(6) Movimiento de Liberación Nacional Vasco, como la organización terrorista ETA denomina a su red o movimiento violento.

tercio de los votos válidos, vuelve a obtener sus mejores resultados en la arena foral, oscilando sus apoyos entre unas y otras en unos 12.000 votos (algo más de un 3% de su electorado).

El PSE-EE refuerza su tradicional segunda posición con alrededor de una cuarta parte de los votos válidos y experimenta una oscilación mucho menor de unos 5.000 votos (algo menos del 3% de su electorado) entre su máximo de las forales y el mínimo de las municipales, al igual que el PNV. El PP se mantiene en su tercera posición con alrededor del 16% de los votos válidos y una oscilación de 7.000 votos (algo más de un 4% de su electorado) entre su máximo de las forales y su mínimo de las locales, como los dos anteriores. La nueva coalición EB-Aralar (juntos o por separado) con alrededor del 8% de los votos válidos sufre una oscilación mucho mayor, de unos 18.000 votos (algo más del 20% de su electorado), entre su máximo de las elecciones forales y su mínimo de las locales. EA, que vuelve a presentarse en solitario en todos los casos, se queda en el 7% y sin variación. En esta ocasión la exclusión relativa y aparente de Batasuna de la competición electoral y su llamamiento al voto nulo ha tenido un éxito similar al de hace cuatro años, si tenemos en cuenta que, una vez descontados los alrededor de 20.000 votos nulos que se suelen contabilizar por término medio, el seguimiento de su consigna habría alcanzado a unos 70.000 votantes en las locales y un máximo de unos 115.000 en las forales (en torno a un 6% del censo), a los que habría que añadir los votos obtenidos por ANV (73.000 y 28.000, respectivamente), más los de algunas agrupaciones locales en unos 40 municipios (con unos pocos miles de votos más), lo que situaría su apoyo global algo por debajo del alcanzado por EHAK en las últimas autonómicas y, en todo caso, en torno al 14%. Hay que señalar, también, la existencia en las elecciones locales, sobre todo en poblaciones menores, de agrupaciones de electores y candidaturas independientes, que aglutinan a casi un 5% del voto válido y que luego desaparecen de la competición foral, teniendo en cuenta, además, que en esta ocasión, como ya hemos apuntado, una parte importante corresponde a agrupaciones herederas o vinculadas al electorado anterior de Batasuna.

Como se puede observar, los dos principales bloques de la política vasca, el nacionalista y el autonomista, vuelven a distanciarse en ambas elecciones, recuperándose la ventaja tradicional de los primeros (54,7%) en este tipo de elecciones territoriales, derivada de su mejor implantación territorial, su mayor libertad de acción y los rendimientos de su mayor control institucional. Se rompe, sin embargo, un patrón ya clásico de que

las opciones de la izquierda obtenían su mejor resultado en las locales, en tanto que las de la derecha lo hacían en las forales, con una ventaja muy superior de éstas últimas en ambas y con diferencias respectivas que no superan los tres puntos, en todo caso. Esto indicaba que en este caso sí había volatilidad entre ambos bloques de izquierda y derecha en estas elecciones.

Los alrededor de 40.000 votantes volátiles o *escindidos* (un 60% menos que hace cuatro años) entre las distintas opciones políticas en la doble contienda (aproximadamente, el 4% de los votos válidos) se producen más entre los partidos nacionalistas (30.000) que entre los autonomistas (10.000) y casi a la par entre los de izquierda y derecha, reduciendo al mínimo las probabilidades de volatilidad. Lo más probable es que la menor movilización haya mostrado un electorado muy cristalizado y fiel o, de otra manera, han ido a votar sólo los electores más fieles de las distintas opciones.

MAYOR FRAGMENTACIÓN NACIONALISTA Y PLURALISMO DE GEOMETRÍA VARIABLE

Como no podía ser de otro modo, las elecciones han confirmado, en lo fundamental, el mismo pluralismo y la misma correlación de fuerzas que ya se había expresado en las autonómicas de hace dos años. Es ésta otra pauta casi constante en las elecciones locales y forales vascas por su carácter de segunda vuelta, en la que no suele haber sobresaltos. Sin embargo, por esta misma razón cualquier pequeño cambio puede ser altamente significativo. En la tabla 2 mostramos la evolución electoral desde las elecciones forales de 2003 y estas últimas, por ser las más homogéneas y comparables en clave interna.

Las opciones nacionalistas (7) con sus alrededor de 514.000 votos (el 54,7% del voto válido) y un retroceso de más de 30.000 votos refuerzan su predominio en el conjunto del país, en Vizcaya (56%) y en Guipúzcoa (53,9%), mientras que en Álava son los autonomistas los que mantienen el suyo (51,7%), tras retroceder casi 50.000 votos en conjunto. Es cierto que, en esta ocasión, no se pueden contabilizar los alrededor de 90.000 votos nulos atribuibles a Batasuna (algo más de 50.000 en Guipúzcoa, de 40.000 en Vizcaya y menos de 3.000 en Álava), que, si los tuviésemos en cuenta, le reforzarían aún más la mayoría nacionalista (en torno al 60%).

(7) En esta ocasión el voto de EB, al ir en coalición con Aralar y decantarse a favor de la política soberanista, se ha contabilizado como nacionalista.

TABLA 2
Resultados electorales en Euskadi 2003-2007

	F-2003		L-2004		A-2005		F-2007*	
	Votos	% vv	Votos	% vv	Votos	% vv	Votos	% vv
PNV	—	—	417.154	33,7	—	—	320.314	34,0
EA	—	—	80.613	6,5	—	—	70.017	7,4
PNV/EA**	511.417	45,3	497.767	40,2	463.873	38,6	390.331	41,4
PP	221.754	19,6	232.577	18,8	208.795	17,3	160.298	17,0
EHAK/ANV***	—	—	(90.000)	6,5	(150.188)	12,5	28.174	3,0
PSE-EE	243.192	21,5	336.958	27,2	272.429	22,6	246.033	26,1
EB/IU	91.389	8,1	101.724	8,2	64.931	5,4	—	—
ARALAR	36.172	3,2	38.319	3,2	28.001	2,3	—	—
EB/ARALAR****	127.561	11,3	140.043	11,4	82.932	7,7	88.174	9,4
UA	6.373	0,5	—	—	4.132	0,3	—	—
Otros	2.373	0,2	13.255	1,1	8.966	0,7	8.108	0,9
Nacionalistas	547.589	48,5	536.086	43,4	642.062	53,4	514.802	54,7
Estatales	565.081	49,9	684.514	55,3	559.258	46,2	406.331	43,1
Izquierda	373.126	33,0	487.437	39,5	515.549	42,6	440.521	46,8
Derecha	739.544	65,4	733.163	59,2	676.800	55,9	480.612	51,0
CENSO	1.807.272	—	1.803.769	—	1.799.500	—	1.771.224	—
VOTANTES	1.260.197	69,7	1.341.343	75,9	1.214.604	67,5	1.075.774	60,7

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos oficiales de las Juntas Electorales.

* Para 2007, datos provisionales de los primeros recuentos de las Diputaciones Forales.

** El PNV y EA se presentan en coalición en las forales de 2003 y las autonómicas de 2005.

*** La Izquierda Abertzale de la ilegalizada Batasuna promueve el voto nulo en las elecciones forales de 2003 (estimado en unos 110.000 votos), llama a la abstención en las legislativas de 2004 (estimado en unos 90.000 votos), apoya a EHAK en las Autonómicas de 2005 y combina el apoyo a ANV con el voto nulo (estimado en unos 110.000).

**** EB y ARALAR se presentan en coalición en las elecciones forales de 2007.

El PNV con sus 320.314 votos y algo más del 34%, se alza con la primera posición en el conjunto y en Vizcaya (algo más de 200.000 votos y un 40%), mientras que en Guipúzcoa pasa a la segunda posición (con algo más de 70.000 votos y un 27,1%) y en Álava a la tercera (con algo menos de 40.000 votos y un 25,4%). Con este resultado, uno de los peores de su trayectoria institucional en el País Vasco, agudiza el retroceso iniciado en las últimas elecciones autonómicas, sufriendo las consecuencias de la ruptura de la coalición con EA, la menor movilización, la mayor competición intranacionalista y su crisis interna, sobre todo en Guipúzcoa.

Por su lado, EA (con sus 70.000 votos y el 7,4%) se sitúa en su mínimo histórico desde su escisión del PNV en 1986, manteniendo su mejor posición relativa en Guipúzcoa, donde cosecha la mitad de su electorado (con algo más de 30.000 votos y el

12,9%), situándose en torno a un testimonial y casi irrelevante 5% en las otras dos provincias. En conjunto, si comparamos estos datos con los obtenidos por la coalición PNV-EA hace cuatro años, habrían perdido más de 120.000 votos y 4 puntos —12.000 votos y casi 5 puntos en Álava, más de 50.000 votos y casi 7 puntos en Guipúzcoa y más de 60.000 votos y 2 puntos de Vizcaya—.

EH, que había alcanzado su máximo histórico hace ocho años, con sus 229.000 votos y algo menos del 20% de los votos válidos (entre el 28% de Guipúzcoa, que la hubiese convertido en la primera fuerza política de no ser por la coalición PNV/EA, y el 14% de Álava), y se situaba en la segunda posición en el conjunto y en Guipúzcoa, mientras que en Álava y Vizcaya pasaba a la cuarta, siendo la única fuerza política que ganaba votos, tanto desde 1995 (+ 68.000), como desde las autonómicas de 1998 (+ 4.800), cosechó en 2003 su mayor fracaso tras su ilegalización y la llamada al voto nulo, seguida por menos de la mitad de sus votantes de hace ocho años. Ahora, la exclusión casi generalizada de ANV en la arena foral y su llamada al voto nulo han conseguido amarrar en torno a 140.000 votos (alrededor de un 15%), casi todo el electorado de EHAK de las últimas autonómicas. Su mayor apoyo lo seguiría obteniendo en Guipúzcoa con unos 60.000 votos y 24 puntos, que la situarían en tercera posición, mientras que en Álava (unos 15.000 votos y 12 puntos) y Vizcaya (algo más de 60.000 votos y 12 puntos) ocuparía la cuarta posición.

Tratando de adelantarse a la probable y futura recomposición del espacio electoral de la izquierda independentista, EB y Aralar, que había competido por primera vez en las elecciones locales y forales de 2003, unen sus fuerzas en una nueva coalición, aunque no en todo el territorio. Su resultado ha sido moderado al situarse sus 88.000 votos y el 9,4% ligeramente por encima de EA, tras retroceder casi 30.000 y 2 puntos en estos cuatro años, a pesar de mejorar sus resultados de las últimas autonómicas, lo que indica que la coalición no sólo no ha sumado sino que ha restado votos, tanto hacia el flanco nacionalista como el autonomista de izquierdas y la abstención. Es en Guipúzcoa, gracias a la mayor aportación de Aralar, donde obtienen un mejor resultado con más de 36.000 votos y un 13,9%, que les sitúa por delante de EA, mientras que en Álava (con 10.000 votos y casi 7 puntos) y Vizcaya (con algo más de 40.000 votos y casi 8 puntos), ocupan la quinta posición en todas ellas, sólo por delante de EA.

Los partidos autonomistas, con sus 406.000 votos y un 43,1% (excluida EB), retroceden sensiblemente en cuanto a su peso relativo de hace cuatro años (160.000 votos, de los que 90.000 eran de EB, y casi 7 puntos, aunque avanzarían 1 punto si descontamos los 8 de EB de hace cuatro años). El PSE-EE, con sus 246.000 votos y el 26,1% de los votos válidos, refuerza la segunda posición del sistema de partidos vasco, a ocho puntos del PNV (tras reducir significativamente su distancia en elecciones territoriales) y nueve puntos del PP (incrementándola en 7 puntos), tras un avance de más de 3.000 votos con respecto a las anteriores forales (y casi 5 puntos) y una importante desmovilización de casi 140.000 votantes desde las autonómicas de hace dos años (pese a lo cual, avanza casi 4 puntos), manteniendo un peso relativo muy homogéneo en todas las provincias (desde el 24,8% de Vizcaya al 29,1% de Guipúzcoa, pasando por el 25,8% de Álava), con un comportamiento mucho mejor de guipuzcoanos (avanzan casi 6 puntos) que de alaveses y vizcaínos (con un avance de casi 4 puntos en ambos casos), gracias, sobre todo, a la mayor movilización de su propio electorado y, en menor medida, de la recuperación de votos del PP o de EB, convirtiéndose en el primer partido de Guipúzcoa e igualando al PP en la primera posición en Álava, mientras que refuerza la segunda en Vizcaya.

El PP, con sus algo más 160.000 votos y el 17% (entre el 25,9% alavés y el 13,2% guipuzcoano, pasando por 16,3% vizcaíno), se mantiene en la tercera posición del sistema en el país y ampliando su distancia con el PSE-EE, tras perder más de 60.000 votos (más de una cuarta parte de su electorado) y casi 3 puntos en cuatro años (más de 3 puntos en Vizcaya, casi otro tanto en Álava y algo menos de 2 en Guipúzcoa), manteniendo a duras penas la primera posición Álava.

Las fuerzas de derecha, reducidas a dos y con más de 480.000 votos y el 51% de los votos válidos, reducen su hegemonía tradicional en todo el país a un mínimo histórico, tras perder casi 260.000 votos (de los que habría que descontar unos 80.000 votos probables de EA) y más de 14 puntos en los últimos cuatro años, manteniéndose claramente la hegemonía de la derecha nacionalista (66%). Por su parte, las fuerzas de izquierda, mucho más fragmentadas y con sus más de 440.000 votos y el 46,8% de los votos válidos, avanzan claramente en su posición relativa en casi 14 puntos desde hace cuatro años (casi 70.000 votos más, correspondientes al cómputo de EA), retrocediendo los socialistas en su predominio en este bloque (56%), en el que ahora tienen que competir con EB, Aralar, EA y las marcas de la antigua Batasuna.

Además de la estabilidad relativa y la escasa volatilidad (8) (salvo la inevitable de los cambios de oferta), sobre todo entre bloques, que muestran los resultados electorales forales vascos, hay otras pautas que se producen en estas elecciones y que merece la pena resaltar: por un lado, la fragmentación del voto nacionalista, bajo una hegemonía debilitada del PNV; en segundo lugar, la recomposición de las fuerzas de la izquierda independentista; en tercer lugar, el retroceso y simplificación de las fuerzas de la derecha; y, finalmente, el reforzamiento, aunque sea lentamente, del papel central y de segunda fuerza de los socialistas. Este nuevo panorama facilita la recuperación de la dinámica de los años ochenta en la que la política vasca pivotaba sobre el reforzamiento electoral del binomio PNV-PSE/EE, como resultado de su entendimiento institucional y centrípeto. Ahora, tanto por la exclusión limitada de la competición de Batasuna como por el retroceso del PP, parece cambiarse la tendencia polarizadora de la anterior etapa por una nueva dinámica, tímidamente centrípeta, a pesar de la no desaparición del todo de la política de bloques. A su vez, la pauta que se apuntaba hace ocho años de un retroceso generalizado de las opciones menores y la simplificación progresiva del mapa electoral que parecía comenzar a caminar a pasos agigantados hacia su reducción a cuatro fuerzas políticas (PNV/EA, PP, PSE-EE y EH), tal como se había concretado ya en el Ayuntamiento de San Sebastián y en las Juntas Generales de Guipúzcoa, sufre un claro parón por efecto de la recomposición del espacio de las fuerzas de la izquierda independentista y antisistema. Por ello, en las instituciones hoy cuentan todos o casi todos para asegurar la gobernabilidad, con un patrón de geometría variable para la formación de mayorías estables.

EL PODER FORAL

Ya hemos dicho que no se podía entender la experiencia de coalición electoral PNV/EA si no era en clave de mantener el control de los gobiernos forales frente a la amenaza del PP en Álava y de EH en Guipúzcoa hace ahora ocho años, así como del gobierno autonómico en el contexto de la política de frentes ante la posible alianza constitucionalista desde 1998. La situación ha cambiado en esta ocasión con su ruptura, sabedora EA de su papel de bisagra y de la necesidad de recuperar su propio espacio ante una eventual recomposición de la izquierda inde-

(8) La volatilidad es el flujo de votantes de unas opciones a otras entre dos elecciones sucesivas y puede estar producida por el propio cambio individual o por los cambios en las ofertas partidistas (apariciones o desapariciones de opciones en la competición).

pendentista. Al contrario sucede con EB y Aralar, que deciden unir sus fuerzas persiguiendo exactamente los mismos objetivos. Unos y otros saben que pueden ser decisivos para la gobernabilidad foral ante la inevitable fragmentación electoral entre las tres grandes fuerzas (PNV, PSE-EE y PP).

Como muestra la tabla 3, el PNV (con 53 junteros) pierde su tradicional predominio foral, manteniéndolo sólo en Vizcaya, mientras que EA (con 10 junteros) logra entrar en todas las Juntas Generales en solitario, siendo clave para la mayoría en Vizcaya y Guipúzcoa, siempre que se reedite la actual fórmula de coalición tripartita (ahora cuatripartita, al incorporarse Aralar a la coalición a través de EB). Entre ambos suman 63 junteros, que suponen 10 menos de los obtenidos conjuntamente hace cuatro años (3 en Álava y Vizcaya y 4 en Guipúzcoa), lo que da cuenta del importante desgaste de su mayoría (al perder casi el 14% de su representación foral conjunta), especialmente en Álava y Guipúzcoa.

TABLA 3
Composición de las instituciones forales
vascas en 2003 y 2007

	Álava		Guipúzcoa		Vizcaya	
	2003	2007	2003	2007	2003	2007
PNV-EA	19	—	27	—	27	—
PNV	—	14	—	16	—	23
EA	—	2	—	7	—	1
ANV	—	4	—	—	—	1
PSE-EE	12	14	12	16	11	14
PP	16	15	8	6	10	8
EB	3	—	3	—	3	—
Aralar	—	—	1	—	—	—
EB-ARALAR	—	2	—	6	—	4
UA	1	—	—	—	—	—
TOTAL	51	51	51	51	51	51

FUENTE: Electos proclamados por las Juntas Electorales. Elaboración propia.

El mayor cambio bruto (casi una cuarta parte de los escaños cambian de mano e irrumpe con fuerza ANV) se produce en Álava, tras haber perdido la cabecera el PNV (14) en favor del PP (15), por el mayor retroceso del primero en relación al segundo (pierde 1 juntero). Lo que no estaba en cuestión en este territorio era la mayoría autonomista (29 junteros), que se ve reforzada por la suma de dos escaños del PSE-EE y su empate a

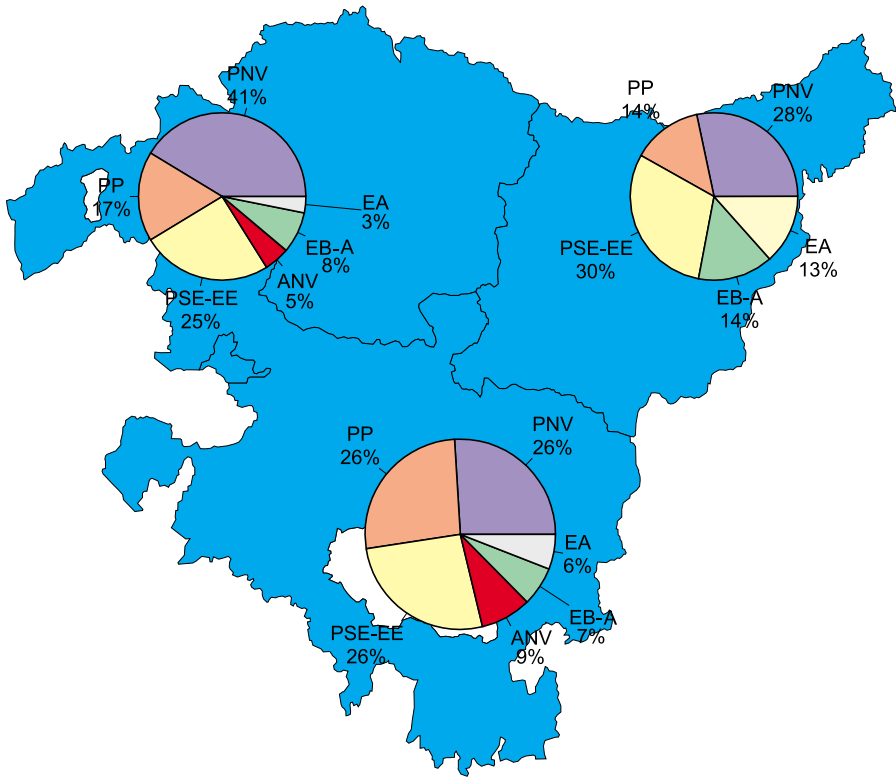
14 con el PNV en la segunda posición. La clave está en la fragmentación entre las tres opciones de la izquierda independentista, al entrar ANV con 4 junteros y repartirse los otros cuatro entre EA (2) y la coalición EB-Aralar (2), que pierde uno de los tres obtenidos por EB hace cuatro años. Pero ninguno de ellos son decisivos para la formación de mayorías, en las que sólo cuentan las tres grandes fuerzas (PP, PSE-EE y PNV).

En Guipúzcoa, a pesar de ser el único territorio donde no puede concurrir ANV, el panorama se complica más (también una cuarta parte de los escaños cambia de mano): el PSE-EE gana las elecciones y cuatro junteros (un tercio más de los obtenidos hace cuatro años y los mismos que pierde la anterior mayoría), aunque empate a 16 junteros en la primera posición con el PNV, que retrocede de forma estrepitosa tras su ruptura de la coalición con EA. EA, con sus 7 junteros se sitúa en la tercera posición por delante del PP, que se queda con 6 tras perder 2 (una cuarta parte de los que tenía). Finalmente, la coalición EB-Aralar refuerza claramente su suma al pasar de 4 a 6 junteros, dejándose notar la no concurrencia de ANV en este territorio. Como se puede comprobar, es en esta provincia donde el espacio de la izquierda independentista cobra más fuerza decisiva a la hora de la formación de mayorías. También en este territorio las fuerzas autonomistas refuerzan su posición al incrementar su representación en dos junteros gracias al avance socialista (hasta los 22).

Es en Vizcaya donde menos cambio se produce (el 20% de los escaños cambian de mano) y el PNV vuelve a obtener una posición desahogada (23 escaños), aunque sea sin mayoría absoluta. El PSE-EE con sus 14 junteros (tres más que hace cuatro años) refuerza su segunda posición. El PP obtiene 8 y se sitúa en tercer lugar tras retroceder dos escaños. La coalición EB-Aralar, con 4 escaños mejora en uno los obtenidos por EB hace cuatro años, mientras que ANV y EA consiguen uno respectivamente. También en este territorio el menguado espacio de la izquierda independentista (6 escaños entre las cuatro fuerzas) resulta decisivo en la formación de mayorías. Finalmente, el autonomismo se refuerza con un escaño (22), gracias al avance socialista.

Como es sabido, tras las elecciones forales de 1999 la coalición PNV-EA había gobernando en minoría y en solitario las Diputaciones Forales de Vizcaya y Guipúzcoa y continuó haciéndolo en esta última legislatura con su cómoda mayoría absoluta de hace cuatro años, gracias a la concentración del voto

MAPA 2
Resultados electorales en las provincias vascas en las elecciones forales de 2007
 (% votos)



nacionalista bajo su fórmula. Por su parte, en Álava, en la que el gobierno de coalición PP-UA minoritario había podido contar con el apoyo parlamentario del PSE-EE en la legislatura 1999-2003, el PP ha seguido gobernando en solitario en la última legislatura gracias al apoyo puntual que le han ido brindando los socialistas. Sin embargo, la ruptura de la coalición PNV-EA y su pérdida de fuerza conjunta, el cambio en las cabeceras alavesa y guipuzcoana, el acercamiento PNV-PSE/EE, el deterioro de las relaciones entre socialistas y populares y el cambio en su correlación de fuerzas a favor de los primeros, junto con el peso de la inercia de la actual fórmula tripartita autonómica y los intereses de las mayorías en la arena municipal, hacen muy incierta y variable la geometría de las posibles alianzas forales.

EL PODER LOCAL

Si la arena foral era propia de la competición vasca, la municipal era compartida con la política española, aunque la batalla por las capitales y las grandes poblaciones era vivida por las fuerzas políticas como clave para revalidar o no los cambios estratégicos o los alineamientos de unos y otros, además de la inevitable evaluación del liderazgo de los alcaldes o los candidatos y la gestión de los gobiernos municipales. El carácter abierto de las elecciones locales en las capitales y grandes poblaciones, en las que domina el pluralismo polarizado propio del conjunto del país, entre PNV, PSE-EE y PP las hacía especialmente competitivas, uniéndose a la identificación y fidelidad partidistas las características personales y políticas de algunos candidatos a alcaldes. Sin embargo, en las pequeñas y medianas poblaciones del interior del país, lo que solemos denominar el territorio *udalbiltza*, la competición intranacionalista, que había quedado truncada por la ilegalización de Batasuna y sus satélites en la legislatura anterior, se reaviva en éstas por la irrupción de ANV y las agrupaciones satélites del nacionalismo violento en el 41% de los municipios alaveses, el 58% de los vizcaínos y el 63% de los guipuzcoanos. En estas nuevas circunstancias las opciones del nacionalismo institucional tienen que afrontar, prácticamente en solitario, el vértigo de competir frente a la amenaza, el chantaje y el control social practicados por las sociologías locales de los representantes políticos del MLNV.

De las diferencias locales y territoriales de implantación partidista y de la estructura de la competencia política da idea la estructura demográfica del poder local, en cuanto indicador básico de las diferencias de la estructura social interna del país.

De la tabla 4 se deducen, al menos, tres tipos de municipios. En primer lugar, el de los más pequeños, que son el 82% (207) y aglutinan a dos terceras partes de los concejales, aunque sólo suponen el 18% de la población, y que se caracterizan políticamente por el menor pluralismo y la mayor homogeneidad nacionalista, siendo en este tipo de localidades donde mayor incidencia tienen las mayorías absolutas y la confrontación entre el nacionalismo institucional y el antisistema; en el otro extremo, las capitales y los seis grandes municipios de máximo pluralismo y menor presencia nacionalista, que aglutinan al 54% de la población pero menos del 9% de los ediles; en tercer lugar, el tipo intermedio de los 35 municipios medianos con otro 29% de la población y casi una cuarta parte de los concejales, que definen una situación política de transición entre los dos tipos anteriores. Por otra parte, si Álava se caracteriza por la macrocefalia de su capital, Vizcaya destaca por el mayor

TABLA 4
La estructura municipal vasca en 2007

Tamaño		Álava (%)	Guipúzcoa (%)	Vizcaya (%)	CAV (%)
Capitales	N.º Municip.	1 (1,9)	1 (1,1)	1 (0,9)	3 (1,2)
	Población	225.631 (75,4)	184.012 (26,8)	354.001 (31)	763.644 (35,9)
	Concejales	27 (6,5)	27 (2,9)	29 (2,4)	83 (3,2)
> 45.000	N.º Municip.	—	1 (1,1)	5 (4,5)	6 (2,4)
	Población	—	59.030 (8,6)	323.376 (28,3)	382.406 (17,9)
	Concejales	—	25 (2,6)	117 (9,7)	142 (5,5)
> 9.000	N.º Municip.	2 (3,9)	18 (20,5)	15 (13,5)	35 (13,9)
	Población	28.450 (9,5)	302.513 (44)	275.445 (24,1)	606.408 (28,5)
	Concejales	30 (7,3)	318 (33,5)	267 (22,2)	615 (24)
< 9.000	N.º Municip.	49 (94,2)	68 (77,3)	90 (81,1)	207 (82,5)
	Población	45.042 (15,1)	141.598 (20,6)	189.701 (16,6)	376.341 (17,7)
	Concejales	356 (86,2)	578 (61)	792 (65,7)	1.726 (67,3)
TOTAL	N.º Municip.	52	88	111	251
	Población	299.123	687.153	1.142.523	2.128.799
	Concejales	413	948	1.205	2.566

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del EUSTAT.

peso relativo de las grandes poblaciones industriales y Guipúzcoa por el de los intermedios, que definen bastante bien las características diferenciales de las respectivas estructuras políticas territoriales.

Como se puede comprobar en la tabla 5, el PNV (con unos 1.024 ediles y casi 600 menos que los obtenidos hace cuatro años, conjuntamente con EA) mantiene su predominio territorial con el 39,4% de los concejales (siendo el primer partido en el 52% de los municipios y en el 36% con mayoría absoluta). Es en Vizcaya (con 640 concejales y un 52% del total, además de ser el mayoritario en el 75% de los municipios y obtener la mayoría absoluta en el 57%) donde el PNV obtiene un mejor resultado. También en Álava (con 184 concejales y un 43%, además de ser el mayoritario en el 57% de los municipios y obtener la mayoría absoluta en el 39%) sigue siendo el partido mayoritario a nivel local. Finalmente, en Guipúzcoa (con 200 concejales y un 21% del total, además de ser el mayoritario en el 18% de los municipios y obtener la mayoría absoluta en sólo 6) es donde el PNV mantiene a duras penas la primera posición en estrecha competición con ANV y el resto de candidaturas del nacionalismo antisistema. Quizá lo más significativo son sus pérdidas de Guernica, Basauri y Sestao

TABLA 5
El poder local en las provincias vascas en 2003 y 2007
(en porcentaje de concejales)*

	Álava		Guipúzcoa		Vizcaya	
	2003	2007	2003	2007	2003	2007
PNV.....	25,4	43,1	4,0	21,0	40,2	52,5
EA	—	8,0	2,3	9,6	6,6	7,4
PNV-EA.....	33,4	—	50,3	—	21,2	—
ANV**.....	(13,7)	1,9	(36,3)	20,3	(23,7)	9,9
PP	21,5	17,3	5,7	4,5	7,5	5,5
PSE-EE.....	8,7	11,7	13,7	14,5	10,8	12,4
EB.....	1,0	0,9	3,7	0,4	3,3	0,6
Aralar	1,0	1,4	2,6	1,0	0,2	—
EB-ARALAR..	—	0,9	—	5,6	—	3,4
Otros.....	9,0	11,5	17,5	20,3	10,2	7,8
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: Elaboración propia.

* Para 2007, datos provisionales de los primeros recuentos del Ministerio del Interior.

** El porcentaje de concejales obtenidos por EH en 1999.

en favor de EA, la primera, y el PSE-EE los segundos, así como la recuperación de Bermeo y Santurce (con mayoría absoluta) o el empate con el PP en Getxo, sin olvidarnos del reforzamiento de la mayoría que obtiene el alcalde Azkuna en Bilbao.

La segunda fuerza vuelve a ser el PSE-EE con 339 concejales (un 13% y un incremento de 43 ediles y dos puntos porcentuales), alcanzando su mejor resultado desde 1983, sobre todo en Guipúzcoa (con un máximo histórico de 138 concejales y un 14,5%) y, en menor medida, en Vizcaya (151 y un 12,4%) y Álava (50 y un 11,7%). Los más de 40 concejales ganados en esta ocasión le suponen un incremento de más del 10% en su representación de hace cuatro años. Obtiene la mayoría en 19 poblaciones, manteniendo el control de sus cuatro localidades tradicionales (Ermua, Eibar, Lasarte y Zumárraga) y lo más significativo es la pérdida de su mayoría en Santurce a favor del PNV, así como la recuperación de la misma en Sestao y Basauri, además de obtenerla, por primera vez, en Vitoria y reforzarla en San Sebastián. Si en Álava y en Vizcaya los incrementos son casi homogéneos, sobre todo allí donde obtienen sus mejores resultados o ya gobiernan, en Guipúzcoa estos incrementos tienen una distribución muy desigual, siendo mayores en las poblaciones intermedias.

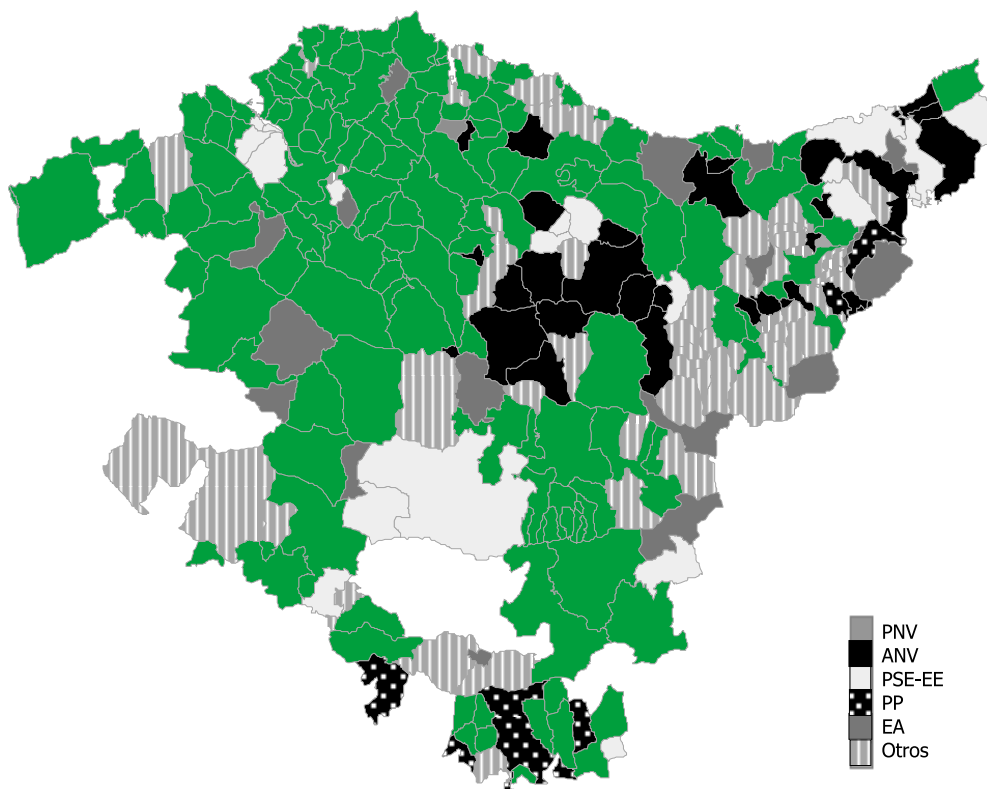
A muy corta distancia se sitúa ANV (con 337 ediles y un 13% del total), que recupera para el nacionalismo antisistema la mayoría en 31 municipios (17 con mayoría absoluta), casi todos sus feudos tradicionales hasta 1999. Como ya es una constante, su fuerza se concentra en Guipúzcoa (con 193 concejales y el 20%), que es donde obtiene sus principales mayorías (23) y le disputa al PNV la primera posición, mientras que en Vizcaya (con 121 concejales, el 10% y 7 mayorías) y, sobre todo, en Álava (con 23 ediles, el 5% y una sola mayoría) tiene una presencia mucho más debilitada. Sin embargo, a esta presencia de ANV en casi un centenar de municipios, habría que añadir la representación obtenida por las agrupaciones de electores del entorno del nacionalismo antisistema en otro casi medio centenar lo que, en conjunto, le dotaría de presencia en el 56% de las localidades vascas (entre el 41% de Álava y el 63% de Guipúzcoa) y le situaría en la segunda posición del poder local, tras el PNV. Destacan, sobre todo, la recuperación de la mayoría en poblaciones importantes como Oyarzun (con mayoría absoluta), Hernani, Pasajes, Vergara o Mondragón. Sin embargo, sólo mediante la intimidación y el chantaje podría obtener las alcaldías en las poblaciones en que no tiene mayoría absoluta.

EA (con 215 ediles y un 8% del total) se convierte en la cuarta fuerza a nivel local y mantiene una presencia territorial muy limitada (con 91 ediles y algo menos del 10% en Guipúzcoa, otros 90 y el 7% en Vizcaya y, finalmente, 34 y el 8% en Álava), conservando las mayorías de 11 municipios y siendo lo más significativo la pérdida de Bermeo y su triunfo en Guernica.

A mayor distancia se sitúa el PP (con 184 ediles y un 7%, tras perder una quinta parte de sus concejales y dos puntos desde hace cuatro años) con la misma diversificación de su implantación local: un 17,3% de los concejales alaveses (15 menos y cuatro puntos), un 5,5% de los vizcaínos (23 menos y 2 puntos) y un 4,5% de los guipuzcoanos (10 menos y un punto). Este claro retroceso en su representación le hace perder la mayoría en Vitoria (aunque empate con el PSE-EE) y quedarse con las de 6 pequeños municipios (4 en Álava y 2 en Guipúzcoa), además del éxito de igualar al PNV en Getxo. El PP ha sufrido un desgaste claro, sobre todo en Álava, que ha propiciado la desmovilización de parte de su electorado y un cierto voto útil autonomista a favor del PSE-EE. Con todo, su fuerza sigue siendo decisiva en la formación de mayorías en buena parte de las grandes poblaciones vascas.

Finalmente, EB-Aralar, que compitieron en coalición en algunos municipios (106, un 42% del total) y por separado en otras

MAPA 3
Partido ganador en las elecciones municipales de 2007 en Euskadi



dos docenas (EB en 14 y Aralar en 8), obtienen en total unos 148 concejales (5,7%), por lo que ganan unos 40 en relación a los obtenidos por separado. La coalición propiamente dicha, cosecha más de las dos terceras partes del total (101), siendo Aralar la que más aporta en solitario (33) por su mejor implantación en Guipúzcoa (27). Aunque no obtienen mayorías significativas su papel de bisagra puede ser clave en localidades importantes, según sean las combinaciones que se produzcan, lo que incrementa su valor político en la actual coyuntura.

Si nos fijamos en la implantación territorial de la representación, así como en las primeras posiciones y en las mayorías de los nuevos consistorios, tal como muestra el mapa 3, comprobamos el predominio territorial del PNV (52% del total), sobre todo en Vizcaya y Álava, seguido de ANV y algunas agrupaciones afines (con alrededor del 15% del total) con su mayor implantación guipuzcoana. El PSE-EE tendría mayoría en el 8% del territorio con mayor peso demográfico, mientras que EA

(4%) y el PP (2%) se dispersaría, respectivamente por Guipúzcoa y Álava.

Con todo, la batalla principal seguía estando en las capitales, que suponen un 36% de la población vasca, y en las grandes poblaciones, en las que el pluralismo político y la complejidad sociológica del país se expresan plenamente.

TABLA 6
La composición de los consistorios de las capitales vascas en 2003 y 2007

	Vitoria		San Sebastián		Bilbao	
	2003	2007	2003	2007	2003	2007
PNV.....	8	6	9	5	11	13
EA*	1	1	—	2	2	—
ANV**	(3)	—	(5)	—	(4)	—
PP	9	9	7	6	8	7
PSE-EE.....	7	9	10	11	5	7
EB.....	2	—	1	—	3	—
EB-ARALAR..	—	2	—	3	—	2
TOTAL	27	27	27	27	29	29

FUENTE: electos proclamados por las Juntas Electorales.Elaboración propia.

* EA fue en coalición con el PNV en 2003.

** Los concejales obtenidos por EH en 1999.

En la tabla 6 tenemos la evolución de la composición de los consistorios de las mismas. Como ya se ha indicado, el PNV refuerza su predominio en Bilbao (con dos concejales más), mientras que el PSE-EE lo hace en San Sebastián (con un concejal más) y le arrebató al PP la mayoría en Vitoria, al empatar a 9 concejales (tras sumar el primero dos concejales más y estancarse el segundo). En Bilbao el PNV absorbe la representación perdida por EA, el PSE-EE gana lo que pierden el PP y EB-Aralar, el PP retrocede uno y empató con el PSE-EE y EB-Aralar obtienen uno menos de los que cosechó EB en solitario hace cuatro años, pero Azkuna puede seguir gobernando con la actual mayoría con EB-Aralar. En Vitoria el PSE-EE gana los dos concejales que pierde el PNV y puede disputarle la alcaldía al PP, sin que se hayan producido más cambios, pero el PSE-EE sólo podrá gobernar con el apoyo o la anuencia del PP o el PNV, todos muy pendientes de lo que suceda en la Diputación alavesa. En San Sebastián el PSE-EE también revalida su posición, sumando un edil más a los diez anteriores, mientras que el PNV y EA se dividen y pierden dos de los que tenían conjuntamente, el PP pierde uno y la coalición EB-Aralar suma

dos al concejal obtenido por EB hace cuatro años, convirtiéndose en la llave para que Elorza pueda gobernar con comodidad otros cuatro años.

Si ya era compleja la gobernabilidad foral, aún lo es más la local. Así, si tomamos en cuenta, además de las tres capitales, las otras 6 poblaciones mayores de 45.000 habitantes, que aglutinan a otro 18% de la población vasca y cuya primera posición se reparten PSE-EE (4) y PNV (2), invirtiendo la relación de hace cuatro años, la mayoría nacionalista retrocede en todas ellas (con la excepción de Santurce) y sólo será viable, además de en Santurce, en Bilbao y Getxo (en minoría) con el apoyo de EB-Aralar. Por el contrario, la mayoría autonomista, que se ve reforzada en las principales poblaciones, será factible en San Sebastián, Vitoria, Irún, Barakaldo, Portugalete y Basauri, sea cual sea la fórmula de gobierno (minoritario y monocolor o no) que se adopte.

En las otras 42 localidades vascas de más de 8.000 habitantes que aglutinan a alrededor de un tercio de la población vasca, la situación no es menos compleja. El nacionalismo mantiene su predominio en 35 de ellas, en tanto que el autonomismo es mayoritario en las 7 restantes, si bien entre éstas últimas están las más pobladas y, en algunos casos, esta mayoría depende de la actitud de EB-Aralar.

FRAGMENTACIÓN NACIONALISTA Y REEQUILIBRIO DE FUERZAS

Hace cuatro años el nacionalismo gobernante se había planteado el objetivo de ampliar y fortalecer su poder institucional como paso previo para hacer avanzar los planes soberanistas y de ruptura encabezados por el *lehendakari* Ibarretxe (9), para lo cual era imprescindible el control de las tres Diputaciones Forales y, en menor medida, de los consistorios de las tres capitales y las principales poblaciones del país. Por eso necesitaba mantener movilizado y concentrar al máximo el voto nacionalista de las elecciones autonómicas para poder administrarlo políticamente el resto de la legislatura. Si lo primero lo podía hacer activando la política de frentes mediante el victimismo, lo segundo, facilitado por la ilegalización de Batasuna, lo haría radi-

(9) El llamado *Plan Ibarretxe* de septiembre de 2002 es la concreción de la estrategia soberanista y de ruptura del actual modelo de autogobierno incluida en los pactos de Estella mediante el ejercicio de un supuesto y natural «derecho de autodeterminación», que busca unificar a todo el nacionalismo en una unidad de acción anticonstitucional contra el Estado como forma de poner un precio político al final del terrorismo.

calizando sus posiciones y su discurso deslegitimador. ¿Quién se acuerda ya a estas alturas de la llamada Asamblea de Municipios de Euskal Herria (10) o del artefacto *udalbiltza*?

Desde entonces, la reválida soberanista de Ibarretxe no ha corrido mejor suerte y ha vuelto a tropezar en la misma piedra del tozudo pluralismo vasco, a pesar del acoso y derribo a que es sometido por los violentos, sus cómplices y la estrategia deslegitimadora del poder institucional nacionalista. Con estas elecciones, se puede dar por agonizante el ciclo de la política de frentes, sin que se haya alumbrado del todo otro nuevo, a pesar de la tímida presión centrípeta del electorado y del cambio de discurso (¿y de estrategia?) de una parte del nacionalismo. En efecto, el PNV pierde poder, pero se descarga en parte de lastre radical, y se va abriendo a volver a entenderse con el PSE-EE, por un lado. Y, por el otro, el PSE-EE refuerza su posición como segunda fuerza, ganándole el pulso autonomista al PP, lo que apuntala su estrategia de acercamiento al PNV, al tiempo que lo hace más visible como posible alternativa institucional al mismo.

No es casual o circunstancial que el nacionalismo se haya fragmentado. Ya hemos dicho que no se podía entender la experiencia de coalición electoral PNV/EA si no era en clave de mantener el control de los gobiernos forales frente a la amenaza del PP en Álava y de EH en Guipúzcoa hace ahora ocho años, así como del gobierno autonómico en el contexto de la política de frentes ante la posible alianza constitucionalista desde 1998. La situación ha cambiado en esta ocasión con su ruptura, sabedora EA de su papel de bisagra y de la necesidad de recuperar su propio espacio ante una eventual recomposición de la izquierda independentista. Al contrario sucede con EB y Aralar, que deciden unir sus fuerzas persiguiendo exactamente los mismos objetivos. Unos y otros saben que pueden ser decisivos para la gobernabilidad foral ante la inevitable fragmentación electoral entre las tres grandes fuerzas (PNV, PSE-EE y PP).

(10) Era el organismo, originalmente, creado y subvencionado por el nacionalismo gobernante en cumplimiento de los acuerdos de Estella, del que, tras la ruptura con el MLNV, se escindió la *udalbiltza* de estos últimos. Este es el mejor ejemplo de la estrategia desinstitucionalizadora y de deslegitimación del actual autogobierno que inspira la política del MLNV y que encuentra su mejor expresión en el informe de ETA sobre la «segunda transición», que fue revelado por los medios de comunicación (véase *El País* del 30 de mayo de 1999) y que ha podido contar con la colaboración del nacionalismo gobernante.

Del lado autonomista, a pesar de su buen resultado y de resistir el acoso al que sus representantes tienen que hacer frente cada día, las cosas no pintan mucho mejor debido, sobre todo, al deterioro creciente de las relaciones entre socialistas y populares en los últimos años por su necesidad de competir en la arena nacional, caracterizada fatalmente por la *política de adversarios* y por su falta de concertación estratégica, tanto en la lucha contra el terrorismo, como ante el grave deterioro político que se vive en Euskadi, que reclamarían una auténtica e integral política de Estado. Por eso, la otra cara positiva para los autonomistas en estas elecciones, a pesar de algunos traspiés de unos y otros según en qué sitios, es el moderado éxito socialista y su vuelta a la posición ligeramente dominante, que debiera llevar o favorecer un rediseño más centrado de la alternancia en el conjunto del país. Se podría decir que el autonomismo, a pesar de su desmovilización, ha visto con mejores ojos la moderación y la apertura socialista que la radicalidad y el aislamiento popular. El banco de pruebas para ambos va a seguir estando en muchos ayuntamientos pero, sobre todo, vuelve a estar en Álava, donde el PP era el principal referente de la alternativa autonomista. El PSE-EE tiene ahora la oportunidad de recuperar una posición de centralidad política, si acierta a administrar con visión estratégica los recursos políticos que ha capitalizado. La relativa orfandad política que sigue viviendo una parte del autonomismo vasco es la que impide articular política e institucionalmente a la mayoría sociológica del país, que no está por aventuras ni rupturas. De lo que hagan unos y otros va a depender la actitud de este contingente electoral engullido por la *espiral del silencio*, que las estrategias de chantaje antisistema y crispación polarizada vienen provocando.

La sociedad vasca no es hoy ni más nacionalista ni menos plural que hace cuatro años y, aunque la correlación de fuerzas, tanto local como foral, resultante de estas elecciones hace que la gobernabilidad sea más compleja, la geometría variable característica de estas arenas locales tiene hoy más oxígeno político que hace cuatro años. Porque el precio más grave en una situación tan democráticamente anormal como la vasca, no es ni la estabilidad gubernamental ni su capacidad para producir leyes o aprobar presupuestos, sino el precio político y moral de haber mezclado la gobernabilidad institucional o los intereses partidistas con la imprescindible normalización política que neutralice el chantaje violento y antisistema. Es un precio que viene pagando todo el país, desde hace demasiado tiempo, en forma de incertidumbre política y una fractura social y política, que han hecho inviable la política de consenso imprescindible para hacer avanzar los procesos de pacificación y normaliza-

ción, que no es otra cosa que la plena legitimación del pluralismo, el fin de la intimidación política y el total respeto a las reglas del juego democrático establecidas. Estas cosas son las que no están garantizadas por el momento en Euskadi, ni el nacionalismo gobernante ha demostrado claro interés en afrontar sin buscar un rendimiento estrictamente partidista y excluyente. Por eso, la perentoriedad de la exigencia a los partidos democráticos y, muy especialmente, a las tres fuerzas principales (PNV, PSE-EE y PP) de que estén a la altura de las responsabilidades que la ciudadanía vasca les ha asignado.

En estas condiciones vuelven a ser válidas las conclusiones obtenidas tras las últimas elecciones autonómicas y, aunque sea duro políticamente, el PNV no tiene más remedio que, en lugar de seguir intentando el camino de Estella con retoques, desandar ese camino que, por otra parte, ha sido realmente corto en sus resultados tangibles, tanto para la pacificación como para la normalización política del país. Transitoriamente, lo que se impone es una gobernabilidad de geometría más variable que hace cuatro años y que pongan en retroceso la política de bloques o frentes.

Y concluyo, como lo hacía hace cuatro años, diciendo que los vascos han vuelto a decidir en su ámbito lo que ya habían hecho tantas veces, antes de que los virtuales neófitos de la democracia fuesen investidos por el nacionalismo mayoritario como paladines de la misma, legitimando a posteriori su historia de terror y amparándolos políticamente, para su propia desgracia y la de todos los demócratas, a saber: que la sociedad vasca es cabezonamente plural y que no está ni por la perversión moral de los principios democráticos, ni por las aventuras políticas. Sólo el consenso entre los demócratas puede sacarnos del estancamiento y de la ruptura, pero éste sólo es viable sin imposiciones ni exclusiones y con un escrupuloso respeto a las reglas del juego de nuestra democracia constitucional. ¿Seguirá sin servir para nada la lección?

